

punto? ¡Ah! no; nada menos que esto; antes yo resumo mi sentir en una sencilla exclamación, lacónico, pero comprensivo aforismo, ó llámese como plazca, al que, en las relaciones con ellos, ajusto siempre mi conducta: ¡*guarda el loco!* Lo dicho hasta aquí se refiere únicamente á su incapacidad para concertarse sobre plan alguno de agresión ó resistencia y ejecutarlo de mancomún; porque, tocante á ultrajes, injurias, violencias y daños de todo género llevados á efecto por deliberación y acción de uno solo.... ¡ay! la historia general de los locos tiene un capítulo inmenso, tétrico, espantoso, que bien podría denominarse historia de sus mártires. Entre éstos, así figuran orates como cuerdos. No hay manicomio público que no albergue individuos judicialmente declarados autores, aunque irresponsables en lo criminal, de robo, violación, heridas, incendio, suicidio, homicidio y parricidio cometidos á veces con horrosas circunstancias agravantes. Tampoco lo hay, público ni privado, cuyos anales no cuenten algún suceso sangriento, y tal vez de salvaje ferocidad. Los que al servicio de orates vivimos consagrados, bien podríamos reclamar alguna parte de la consideración que tributa el público á la cualidad que se funda en el concepto complejo del valor; porque nuestras tareas son un ejercicio militante en que combatimos sin armas ofensivas ni defensivas, á pecho descubierto, con necesidad de resistir, pero con prohibición de atacar; y más que la estocada noble hemos de temer siempre la herida á mansalva; mas que el arrojó, las asechanzas; más que el denuedo, la traición del contrario. A sus víctimas no se honra con loores ni memorias, ni publica sus nombres la Fama, que, con tener tantos ojos, oídos y lenguas y tan grandes alas, no ve á los humildes, no oye sus gemidos, no habla de sus desgracias, y menos todavía de sus á veces heroicos sacrificios, ni se cierne sobre los solitarios asilos de la caridad. ¡Víctimas venerandas! en el cielo hallarán su corona; porque

en la tierra no las hay para ellas; y gracias, si no se les escatima la conmiseración achacando su infortunio á temeridad, imprudencia ó ignorancia; gracias, si ningún mentecato ruin lo califica desapiadadamente de merecido bien llevado.

Para poner término á este harto prolijo discurso, añadiré que los únicos capaces de mancomunarse en una casa de orates para cualquier acto de indisciplina ó agresión son los cuasi-cuerdos ó convalecientes de locura: clase á que suelen pertenecer también, por la mayor parte, los que, burlando la vigilancia de los dependientes, logran escaparse del asilo, á veces con una cautela y astucia que suspenden, y que honrarían á la persona de más seso, más disimulada y ladina. En mi larga práctica sólo dos reclusos he visto que concertaran y pusieran por obra su fuga; aunque les impidió darle fin una puerta, la última de la clausura por el lado á que se dirigieron; la cual no pareció sino cerrarse de improviso por sí misma en el punto crítico: y aun tengo para mí que de los dos el uno, alma de la tentativa, era un cuerdo, bellaco con todo extremo, que, por motivos que yo me sé, hubo de juzgar le convenía hacer en la farsa humana el papel de loco.

Creo no equivocarme diciendo que del individualismo absorbente y reconcentrante característico de tantos orates no da muestras Don Quijote. Verdad es que también vive con su delirio y por su delirio; pero ni éste se excita y sube al grado de la exaltación sino por estímulos externos, ni le trae ensimismado ni taciturno, ni menos le quita la inclinación al trato, que sin duda era para él, ya de antes de enloquecer, uno de los mayores placeres. No se aparta, no se aísla, no busca la soledad, no soliloquia á hurto de los circunstantes, no cae una vez siquiera en la indiferencia y abstracción semiextática que á menudo, en medio del movimiento y bullicio de una reunión numerosa, sobrecoge á algunos locos. Por el contrario, ama la

compañía hasta de rústicos cabreros; toma interés en sucesos romancescos que por ningún lado tocan á su tema, como el entierro del enamorado de Marcela; asiste gustoso á la fiesta espléndida y de mucha gente y batahola con que se van á celebrar las bodas de Camacho; recibe de buen talante hospedaje, así en la humilde casa de Basilio, como en la acomodada de don Diego; aplácese en aprovechar toda coyuntura para hacer gala de su talento en discursos muy discretos, con que á un tiempo cautiva la voluntad y quiebra el corazón del auditorio; y siempre expansivo, fantasea sobre proyectos que dilatan el horizonte de sus esperanzas, y jamás á solas, sino en coloquio, cuando menos, con su escudero; de suerte que constantemente delira en voz alta. Es una individualidad psicopática que no excluye la fisiológica, antes con ella alterna y como que se enlaza; merced á cuyas cualidades se mueve con holgura y gallardía en el círculo de las relaciones sociales, y se granjea dondequiera respeto, simpatía y cariño.

No estuvo Don Quijote en un hospital de orates; pero si sus amigos, en lugar de tratarle como le trataron, le hubiesen puesto en algún establecimiento de esta clase, es bien cierto que habría igualado en deseo de libertad á los recogidos; los cuales, casi sin excepción, con mejor apetito comerían un mendrugo de limosna fuera del asilo que los succulentos manjares que acaso les sirven en él; y á las espaciosas estancias en que moran, y á los floridos jardines en que pueden esparcirse, prefieren mil veces el quizás estrecho y lóbrego tugurio de su habitual residencia.

¡Oh santa libertad! ¡codiciada felicidad del hombre sobre la tierra! ¡felicidad inefable, cuyo concepto y anhelo sobreviven en la inteligencia á todas las ideas, y en el corazón á todos los sentimientos!

Así lo acreditan las primeras palabras del Andante apenas ha dejado la casa de los Duques. *La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los*

hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrecheces de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara, si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Nada de frenopático tiene este breve discurso; pero he querido intercalarlo aquí, á modo de paréntesis, para que por él se vea cómo concuerda la perturbación mental del Hidalgo con las muchas que subsisten sin menoscabo de uno de los afectos que más dignifican al hombre.

Si la taciturnidad fuese un síntoma primario y esencial, y no secundario y accidental, aunque frecuente, de la locura, sobre la de Don Quijote podría tener algunas dudas el alienista menos mirado ó riguroso en materia de diagnóstico; porque, lejos de esquivar jamás nuestro simpático hidalgo la conversación, búscala, y muévela con quienquiera que sea, ni tampoco se ata la lengua cuando está mano á mano con Sancho en los caminos ó en las posadas; siendo sus coloquios tan entretenidos y sabrosos, que muchas veces causa disgusto ó enojo la persona que viene á cortarlos con su presentación súbita, por más que desde luego se vea en ésta el comienzo de una estupenda ó divertida aventura. Aun para algunos merecería acaso el calificativo de taciturno, si sólo se despachase á su gusto en asuntos concernientes á su tema; que tal hacen casi todos los monomaniacos; pero no es así, pues apenas se le da pie para discurrir en cualquier materia enteramente ajena

de sus desvaríos, cuando se lo toma como si lo estuviese esperando, y sale á menudo con las razones más concertadas y sentenciosas para dejar á los interlocutores con la boca abierta y la duda atada de que á ratos esté fuera de juicio quien tan dentro de él acredita hallarse en aquel punto y hora. Ni la incomodidad y sujeción de su encantamiento son parte á sellarle los labios; de suerte que Sancho, que rabia por dar á entender al Cura, al Barbero y al Canónigo que á él no se la pegan con el trampantojo del hechizo, les opone una prueba, cuya fuerza reside principalmente en una razón hiperbólica, aunque muy donosa, con la que significa que si su señor está con las manos atadas, tiene no menos suelta la lengua que cuando campaba por su respeto: *¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado, pues yo he oído decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores!*

Ya por lo dicho se colige no ser la insociabilidad síntoma que concurra en la locura de Don Quijote. No; que el huésped de los Duques, el de don Diego de Miranda y don Antonio Moreno, el de Basilio y Quiteria, el de los cabreros, finalmente, en cuya desabrigada choza se halla tan á gusto como en la mansión modesta de los novios pobres, como en las casas bien acondicionadas de aquellos señores, como en el palacio suntuoso de los magnates aragoneses, mostrando que ni en una parte le atrae el regalo, ni en otra le desagrade la estrechez, sino que dondequiera le encariñan la confianza y familiaridad; bien manifiesta con su complacencia la que le causa el trato con los hombres, sin distinción de condiciones ni lugares: cuanto más que no hay en su vida frenopática un hecho que no le confirme de cortés, afable, afectuoso, franco, fácil y accesible á todos, hasta á los burladores y á los malos; es decir, eminentemente sociable. Con el mismo Roque Guinart hace

buenas migas y se detiene tres días, admirado de la vida del singular personaje, abigarrada mezcla de abominaciones de bandolero, entereza y justicia de hombre probo y piadoso. A las breñas, á los bosques, á las soledades llévale su ejercicio tras el deseo de aventuras; que no el de soltar en el aislamiento, como muchos locos, el freno al delirio, penosamente reprimido en el comercio social por un resto de dominio sobre sí mismos, excitado por patológica suspicacia, temor ó acaso vergüenza. Al contrario, es tan comunicativo y amigo de la compañía, que jamás se agrega á la de otros sin ver de trabar conversación con ellos, ni se encuentra en el camino con viandante á quien no salude y convide á ir juntos, rogándole que acorte el paso de la cabalgadura que tal vez monta, para que se acomode al pesado andar de su mataloté.

Antes que Vivaldo y su compañero le dirijan la palabra, ni quizás le miren, ya les pregunta qué es lo que han oído de Marcela.—Con el caminante que pronto resulta ser don Diego, que alcanza á Don Quijote y Sancho, les saluda cortésmente, y, picando á su yegua, pasa de largo, procura el Caballero, sin conocerle, introducirse haciéndole un ruego, en que así resalta lo urbano como lo inclinado á la compañía: *Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos.*—No bien ha salido de la casa del de lo Verde, cuando encuentra con dos, medio clérigos, medio estudiantes, y dos labradores, caballeros sobre cuatro bestias asnales: salúdalos, y, después de saber el camino que llevan, que es el mismo que él hace, ofréceles su compañía, pídeles que detengan el paso, porque caminan más las pollinas que el rocín; y, para obligarles, en breves razones les dice quién es, su oficio y profesión.—Tiende la vista por un prado, en lo último de él descubre gente, y, llegándose cerca, conoce ser cazadores de altanería, los Duques y los suyos, en-

tre los cuales va una gentil señora sobre una hacanea con ricos jaeces; y ella, bizarramente vestida de verde, lleva un azor en la mano izquierda, indicios claros de su principalidad: y, con no prometer aventura este aparato, verlo Don Quijote y enviar al escudero con un mensaje para la apuesta dama, todo es uno; así como el recado es modelo de la cortesanía que la buena educación y el amor al trato social inspiran. *Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el Caballero de los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que, si su grandeza me da licencia, se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.*—En el sarao de la casa de Moreno dos taimadas damiselas que quieren acrecentar con sus burlas la fiesta, á hurto requiebran á Don Quijote, y él las desdeña también á hurto; y sácanle á danzar con tanta priesa, que le muelen, no sólo el cuerpo, pero el ánima. No esquiva la reunión, la bulla ni el baile, á pesar de sus nada ligeros años, hasta que de puro quebrantado se sienta en mitad de la sala, de donde han de llevarle en peso al lecho mientras le espeta Sancho aquella sesuda y graciosa corrección que comienza así: *Nora en tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado. ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines?*—¿Qué más? No para personas distinguidas por su pro-sapia ó riqueza reserva el Andante las atenciones, pues tampoco tiene á menos el comunicar y familiarizarse con gente humilde y pobre. Al salir de la ermita, topa un mancebillo, que, espada y envoltorio de vestidos sobre el hombro, ropilla de terciopelo con vislumbres de raso, camisa defuera, medias de seda y zapatos cuadrados, alegre de rostro y ágil de su persona, va cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. *Muy á la ligera camina vuesa merced, señor*

galán; y ¿adónde bueno? *sepamos, si es que gusta decirlo*. No trató con más comedimiento al Caballero del Verde Gabán que á este mozuelo pedestre; á quien, sabiendo que va á asentar plaza de soldado, da muy discretas advertencias y consejos en orden al ejercicio de las armas é invítale á subir á las ancas de Rocinante; aunque de ello se excusa el joven quizá para ahorrar fatiga á sus posaderas, ó creer que mejor va á pie que mal montado; pero sí acepta el convite de la cena que, para cuando estén en la cercana venta, le hace con su genial franqueza el compasivo hidalgo.

Repito, pues, para concluir, que de insociabilidad frenopática ni sombra se ve en ninguna acción de Don Quijote, sin exceptuar aquellas que obedecían á su desabrimiento y disgusto por sucesos adversos, desengaños y burlas; pero, á buen seguro todo alienista práctico reconocerá que esto no es sin algún menoscabo de la verdad médico-psicológica.

§ IV.—JUSTIFICACIÓN DE LOS REPAROS.

Tales son algunos de los reparos ú observaciones que puede oponer al síndrome de Don Quijote el alienista más afecto á diagnósticos bien redondeados: reparos que, sin embargo, no ofuscan la luz que resplandece en la historia de los síntomas principales ó característicos de aquella especial é interesante monomanía.

Realmente, el loco no lo es menos por ilusionario que por alucinacionario; porque el mal éxito de los actos á que le han arrastrado sus errores sensorios, atribuya á obstáculos nada consonantes con éstos, ó defiera por el pronto á la interpretación que les da el juicio ajeno; porque se muestre crédulo á las especies que le sugieren, ó fácil á las instigaciones que le hacen los que por estas vías procuran moderar el delirio que le agita ó prevenir sus consecuencias; porque, ingenuo y franco, desde el primer momento abra su pecho á cual-

quiera, aun no conociéndole, ó, suspicaz y temeroso, cierre los labios con un candado, ó esquivé y rehuse toda plática que remotamente puede ponerle en el punto riguroso de revelar su patológico secreto; ni porque, comunicativo, abierto, jovial y locuaz, ame el trato, busque y disfrute con la compañía, ó ensimismado, taciturno, retraído, huraño, huya de la sociedad, y entre ella y su persona abra una honda valla, que, impidiendo el acceso de todo sér humano, le permita devorar el dolor de sus aprehensiones y cuitas en la horrible soledad de un aislamiento absoluto. Sin embargo, de rigor es decir que en estas contraposiciones los segundos términos son los más conformes con la experiencia médico-psicológica.

Fúndanse, pues, mis observaciones en la poca frecuencia relativa de un síntoma genuinamente delirante y á menudo vesánico; en la manifestación de dos caracteres morales no muy comunes á los enajenados; en la falta de una inclinación, que tienen los más, y en la concurrencia de su contraria, que tienen los menos: fenómenos no frecuentes, pero tampoco raros ni en sentido alguno impropios del estado psicopático. En todo caso, éstos, que á un alienista podrían ponérsele en la cuenta de descuidos y aun de yerros, no lo son en Cervantes, que noveló, mas ni por asomo quiso ni pudo escribir de un hecho clínico-psicológico. Pero si hubiere todavía quien, iluso y desatentado, obstinándose en ver en nuestro ingenio, si no el birrete, la ciencia del doctor médico, quisiere exigirle lo que no podía dar, y los llamare crudamente descuidos ó yerros..... nadie los toque; quédense como están; que, aun siendo tales, llevan impreso el sello de aquella rara inteligencia, á vueltas de haber inspirado narraciones de invención peregrina, que con su gallardía y donaire admiran á toda persona entendida y de buen gusto, y deleítan á todos los que las leen, incluso los que el mérito de ellas no conocen.

Ahora, recogiendo una indicación que atrás he deja-

do suelta, diré que tal vez saldrá alguien contra estas observaciones tachándolas de ociosas é inconvenientes, y, por lo mismo, encareciendo cuánto mejor hubiera sido el omitirlas, puesto que, además de recaer sobre hechos que no repugnan á la doctrina psiquiátrica, pueden atribuirse á necia comezón de descubrir y señalar ciertos lunares en una obra que nadie sospechaba los tuviese. A buena fe, que nada ha estado más lejos de mi ánimo, y explícitamente declaro que si algún lunar de ésta ú otra especie hay en aquella narración, contéplolo yo suspenso y respetoso, como hubiera mirado el que, según testimonio de Sancho, tenía en la mitad del espinazo Don Quijote, pues, por sólo ser cosa suya, no me parecería mancha sino toque de hermosura, no lunar sino luna y estrella resplandeciente, cual quería el enamorado señor que fuese el que á su escudero se le antojó poner, á modo de bigote, sobre el labio derecho de la avillanada Dulcinea.

Dos ó tres imperfecciones sobre puntos doctrinales secundarios poca sombra harán á una obra de ingenio, donde tan delicadamente se tocan otros, en especial los primarios, y donde, tirando corto, cuéntanse por los párrafos las bellezas. Errores cometió Cervantes, sobre todo en materia de referencias históricas y mitológicas; y ni la crítica ha escrupulizado en demostrarlos, ni ellos han sido parte á mellar el concepto que merece la primera y más única novela del mundo. A ser posible hacerlos desaparecer, y alguno lo intentara, vedaríase yo, si autoridad tuviese para tanto; porque son, á lo más, dormitaciones del genio; y éstas semejan descuidos accidentales de frase ó estilo, olvidos volanderos de orador sobradamente fiado en el vigor de su facundia, en su dominio sobre el habla y en lo fiel de su memoria; arrebatan con no sé qué hechizo de ingenuidad y gracia, é infunden respeto con uno como aparato de grandeza. Aquellas imperfecciones, lejos de rebajar, realzan el mérito de la invención de Cervan-

tes, arguyendo que quien acertó á sacar el retrato de un ingenioso loco con tan exquisito parecido, hízolo por inspiración, no por estudio; que ni aun podría hoy correr parejas con aquel escritor extranjero, á quien he aludido en otro capítulo, y que, sin ser tampoco médico, ha tratado de Medicina en general y de la frenopática en particular, como pocos profesores académicos, y se sienta en los escaños de una de las primeras sociedades médico-psicológicas del mundo.

¡Que Cervantes nació para médico!, como dice Hernández Morejón..... ¡Vaya! otros le han ensalzado por gran poeta, filósofo, historiador, estadista, estratégico, y acaso también—ó le ensalzarán—por paleógrafo y numismático. A una hermosura tal, que de suyo embelesa y cautiva á cuantos la miran, recargarla de preseas, perifollos, colorines y ringorrangos es exponerse á convertirla en un adefesio. De todo tenía algo verdaderamente, como escribe un ilustre literato, aquel pensador universal. La celebridad de nuestro novelista repele semejantes exageraciones. No tiene duda lo que fué, ni para lo que nació; no hay que ir rebuscando cualidades y aptitudes de que no dió muestra, ni que hacer un misterio de su representación y destino literario. Digámoslo de una vez: fué el príncipe de los ingenios españoles, y nació para escribir el *Don Quijote*. Todo lo demás es cuento. Ello, sin embargo, ha sido tanto y ha hecho tan notoria, tan distinta, tan sin par su personalidad, que yo quisiera no se le nombrara jamás sino cómo se debe, por modo comprensivo de sujeto venerando, creación asombrosa, gloria de las letras, blasón de la patria, envidia de las naciones extrañas y fama imperecedera; es decir, cómo yo le nombro siempre; cómo no puede equivocarse con ingenio alguno en la historia moderna ni en la antigua; así, á secas: CERVANTES.

Déjese para nosotros el señalarlos con nombre, apellidos, patria, profesión, títulos y otros adherentes;

que aun de esta forma apenas somos conocidos en un círculo pequeño de personas, ni viviremos un día en la memoria de la posteridad.

El que de peor talante recibiere estos reparos ú observaciones, reputándolos impertinentes, todavía habrá de convenir en que no se andan por las ramas, como otros que sobre el *Ingenioso Hidalgo* se han escrito, sino que penetran en la sustancia de la obra, ó, por lo menos, van dirigidos al desenvolvimiento de la idea que, si bien parece secundaria, está unida á la fundamental con indisoluble vínculo de mancomunidad de acción y recíproca dependencia. Las notas aclaratorias, las enmiendas, las correcciones, si se quiere, que, por el análisis riguroso, tal vez nimio, del síndrome de Don Quijote pueda creerse autorizado para poner en él un alienista, será, en todo caso, tarea mucho más digna del crítico, mucho más útil para el leyente, fuera de respetosa con el autor, que no querer sacarle á la vergüenza, porque confunde á Tebas de Beocia con Tebas de Egipto; echa sobre la hija de Tarquino el crimen de su esposa; supone erróneamente que Vulcano forjó alguna arma para Marte; equivoca á Sacripante con Dardinel de Almonte; llama á la mujer de Panza una vez Mari-Gutiérrez, cuatro Juana y las restantes Teresa; á un don Pedro vuelve en un don Gaspar, y después en un don Gregorio; hace ir á Sancho sobre el jumento cuando ya se lo han robado, y dice que no se sabe quién lo robó, á poco de haber referido que Ginés de Pasamonte; atribuye á un poeta versos de otro; pone muchas citas falsas; y, para terminar este capítulo de culpas con la más fea y burda, comete solecismos y otras faltas de gramática, como un discípulo topo é inaplicado. Ésta sí que es crítica cojijosa y deplorable, la que á tales minucias baja, y por sacarlas á luz se desazona, malgastando labor y tiempo como desvanecida por el ingrato afán de enturbiar una corriente cristalina removiendo las pocas impurezas que se arrastran por el fondo.

CAPÍTULO XXII.

FUENTES Á QUE PUDO ACUDIR CERVANTES PARA LO
CIENTÍFICO DE SU INVENCION.

Los primores que en el *Don Quijote* vió Hernández Morejón, con no haber sido tantos, ni con mucho, como los señalados por mí en este libro, bastáronle para decir que en la descripción de la monomanía del Hidalgo estuvo su autor «tan ajustado á las leyes del » arte, que puede servir de modelo á los más sublimes » médicos filósofos;» y para poner fin á su folleto con este apóstrofe: «¡Sombra inmortal de Cervantes! entre » tanto profano que osa meterse á médico, entre tantos » detractores de la profesión más benéfica, tú naciste » para ella; tú á los médicos sabios, prudentes y discre- » tos los ponías sobre tu cabeza, y mirabas como una » persona divina. Recibe, pues, el tributo de gratitud; » y mientras las Bellas Artes á porfía levantan monu- » mentos á tu gloria, yo te dedico otro más indeleble » colocándote en la Historia de la Medicina española.»*

Héme ya puesto en el caso de manifestar lo que pienso acerca de este punto, al que vienen á convergir las consideraciones de Medicina psicológica que por necesidad he hecho sobre una obra puramente literaria, sobre una novela y no más, aunque sea, hablando en metáfora, la novela príncipe.

Entresaquemos de ella los pocos y brevísimos pasajes que pueden ilustrar algo acerca de las ideas ó conocimientos médicos de Cervantes. Con respecto á los quirúrgicos, el cabrero que vió la herida de la oreja que Don Quijote había recibido en su pendencia con el

* Folleto citado, págs. 7 y 25.

vizcaíno, díjole *que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad;* con cuyas últimas palabras muestra el autor la fe que tenía en esta cura cabreruna, de Cirugía genuinamente primitiva. De sus ideas médicas da razón el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera, que, mirando por la salud del gobernador de la Ínsula Barataria, no le dejó comer de un plato de fruta *por ser demasiadamente húmeda, ni del de otro manjar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida:* vetos que, en verdad, no disonaban con las doctrinas que entonces prevalecían. Las médico-psicológicas, ó, puesto que en tiempo de nuestro ingenio ni esta denominación existía, las que supiese sobre enfermedades mentales, pueden colegirse apenas por el encargo que el Cura y el Barbero hicieron á la Sobrina y al Ama, después de haber traído de Sierra Morena á Don Quijote: *que tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura;* y también por las razones que el loco de Sevilla, despidiéndose de uno de sus compañeros, le dijo: *Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma; y cómalos en todo caso; que le hago saber que imagino (como quien ha pasado por ello) que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.*

Sin embargo, el mismo autor en otra novela, tan singular, dicho sea de paso, que no parece sino un libro de caballerías, mostróse muy enterado de lo que era la licantropía, locura admitida sin impugnación en-

tonces, aunque fabulosa por la mayor parte. En boca de Mauricio, puso una descripción de aquel raro padecimiento, sucinta, pero tan exacta y puntual como podía darla una obra médica; por donde se colige, en mi sentir, que de alguna debió de copiarla ó traducirla. « Lo que se ha de entender desto de convertirse en » lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman » los médicos manía lupina, que es de calidad, que al » que la padece le parece que se ha convertido en lobo, » y aulla como lobo, y se junta con otros heridos del » mismo mal, y andan en manadas por los campos y por » los montes, ladrando, ya como perros, ó ya aullando » como lobos, despedazan los árboles, matan á quien » encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; » y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la » mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, á » quien los sicilianos llaman lobos menar; los cuales » antes que les dé tan pestífera enfermedad lo sienten, » y dicen á los que están junto á ellos que se aparten » y huyan dellos, ó que los aten ó encierren, porque » si no se guardan, los hacen pedazos á bocados y los » desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles » y espantosos ladridos; y es esto tanta verdad, que » entre los que se han de casar se hace información bas- » tante, de que ninguno dellos es tocado desta enfer- » medad; y si después andando el tiempo la experien- » cia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio.»*

Con todo eso, yo pienso que Cervantes no sabía más de Medicina que lo que suele saber la generalidad de las personas instruídas; y aun me doy á presumir que su vida de soldado, su larga cautividad, su continua estrechez luego, todas no sólo reñidas con el regalo, sino poco propicias á la satisfacción de las más indispensables necesidades de la vida, hubieron de iniciarle en secretos terapéuticos domésticos: especie de curan-

* *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro I, capítulo 18.



dería cándida, desinteresada y á menudo caritativa, que, por una parte, arranca de ideas empíricas y de preocupaciones vulgares, y, por otra, viene en cierta manera á robustecerlas y propagarlas.

Podrá objetarse que todo esto importa poco si se pone en claro que el autor era entendido en Medicina mental cuánto había menester para referir con la verdad que se ha visto, los errores de concepto, aberraciones de la sensibilidad, extravagancias, desatinos, ímpetus y arrebatos de un loco, ó, según el tecnicismo corriente, la etiología, invasión, estado, declinación ó metaptosis, tratamiento y curación de una locura tal como la que personificó en Don Quijote.

Pues bien, para que nadie imagine ser esto un flanco por donde pueda atacárseme, quiero suponer por un momento, al modo que en el lenguaje escolástico se dice *arguendi gratia*—y perdóneseme la nueva reincidencia en ésta que para algunos será ranciedad estrambótica,—que mientras Cervantes estaba madurando en su magín el plan de la novela, hubo de entrar en cuentas consigo mismo, y parecerle necesario, para antes de tomar la pluma y ponerlo en obra, inquirir algo de lo que sobre extravíos de la mente tuviese por averiguado y admitido la Medicina, ciencia tan ajena de sus estudios; y que, fatigado de este pensamiento, pidió consejo y auxilio á cualquier amigo y sabio médico, de aquéllos á quienes Sancho gobernador encomiaba con la antigua fórmula de respeto y reverencia. El cual profesor, introduciéndole en su librería llena de gruesos infolios ó toneles, como se usaban en su erudita época, mostrándole reservadamente quizás algún manuscrito que en lugar apartado y seguro guardaba como oro en paño, y deseando ahorrarle tiempo y trabajo, le indicó que, para el caso, lo que no hallara en Hipócrates y Galeno, los oráculos de entonces, mayormente el segundo, en Areteo de Capadocia, Sorano, Pablo de Egina ó en el moderno Jacobo Sylvio, todos en latín

de su original ó traducidos del griego, podía dar por sentado é indubitable que alma humana no lo sabía, puesto que ello no era en el mundo. Lectura no escasa, en verdad, ni muy sabrosa para un lego, por más que este lego fuese, como Cervantes, aficionado á leer hasta los papeles rotos de las calles. Con su ingénita perspicacia pronto debió de ver que entre aquella balumba de tratados, doctrinas y disquisiciones sobre sangre, pituita, bilis y nervios, fiebres, perineumonías, anginas, hidropesía, ictericia, vólculo, frenitis, letargo, tétano, morbo sacro, melancolía y otros desconciertos del organismo, únicamente lo relativo á la enfermedad últimamente nombrada podía hacer á su propósito; y, por lo tanto, cortando el vuelo de sus investigaciones, en ella, casi no más, hubo de poner la mira.

Conque volúmenes al canto, y Melancolía á todo pasto.

«El melancólico siente pinchazos como de espinas
 » en las entrañas; anda afligido, huye de los hombres
 » y de la luz, ama los lugares tenebrosos, está ame-
 » drentado y temblón, tiene hinchado y dolorido el epi-
 » gastrio, sale fuera de juicio, padece angustiosas pesa-
 » dillas y ensueños terríficos, en los cuales se le repre-
 » sentan á veces figuras de muertos. Esta enfermedad
 » es grave, y sobreviene, por lo común, en primavera.
 » Propínese eléboro (*veratrum*) al paciente; purgada
 » que sea la cabeza, púrguesele el vientre, y luego dé-
 » sele leche de burra.» Así dice Hipócrates.*

Mucho más y mucho mejor Areteo. «La bilis negra...
 » si se fija en las partes superiores (del vientre), es á
 » saber, en el estómago ó en el septo transversal, causa
 » la insania que se denomina melancolía, y da flatos...
 » por lo cual los médicos antiguos apellidaron melan-
 » cólicos y flatulentos á estos enfermos. También lla-

* *De morbis*, libro II, capítulo 29: colección y traducción latina de Foes.

» mamos melancólicos á otros que no tienen bilis negra
 » ni flatos; sino una cólera excesiva, tristeza, gran con-
 » turbación y abatimiento del ánimo y accesos de negro
 » humor, iracundo y feroz..... atestígualo Homero en
 » aquel pasaje que dice: *Levantóse, entre éstos, el hé-*
 » *roe Atrides, el poderoso Agamemnon, triste, de negro*
 » *furor opreso el pecho, rutilantes como fraguas los*
 » *ojos.* Tales llegan á ponerse los melancólicos que
 » mueren de este mal. Es (la melancolía) una congoja
 » del ánimo arraigada en un solo pensamiento é inse-
 » parable de él, sin calentura*. Páreceme que la melan-
 » colía es el principio y una parte de la manía..... Los
 » melancólicos deliran de varias maneras: ahora recelan
 » que se les envenene; ahora, aborreciendo la compa-
 » ñía de los hombres, huyen á lugares solitarios; ya
 » hacen ejercicios supersticiosos; ya toman horror á la
 » luz y á la vida. Cuando sienten algún alivio de sus
 » ansias, sobreviéneles una alegría y gozo que los exal-
 » tan. A menudo la melancolía comienza sin causa cono-
 » cida: los enfermos se encolerizan fácilmente, desaso-
 » siéganse, entristécense, no pueden conciliar el sueño
 » ó despiertan con sobresalto y agitación; y, cuando el
 » mal toma incremento, tiemblan de pavor y padecen
 » ensueños terribles, que aprehenden como á realidades;
 » mas, si éstos se moderan, viene cierto sosiego, de mo-
 » do que los adolescentes que tienen algún arrebató,
 » luego se arrepienten de él; vuélvense volubles y torpes;
 » inquiétanse por pequeñeces; muéstranse avaros, pero,
 » á lo mejor, cándidos, pródigos, desprendidos de todo,
 » aunque no por propia virtud sino por mudanza de la
 » dolencia. Mas, cuando ésta se exaspera, odian á los
 » hombres, contienden por naderías; maldiciendo la vi-
 » da, invocan la muerte, y muchos padecen tal perturba-
 » ción de los sentidos y del entendimiento, que, desco-
 » nociéndolo todo y olvidándose de sí mismos, pasan la

* *Est autem animi angor in una cogitatione defixus atque inhaerens, absque febre.*

» vida á la manera de los brutos, decaído el cuerpo, em-
 » bargados los movimientos y perdida la expresion del
 » semblante.» *

Sorano, ó, si se quiere, Celio Aureliano, por quien han llegado á nosotros los escritos de aquél, vertidos á la lengua latina, explica que los melancólicos son iracundos, están tristes y les sale al rostro su mal humor. Las causas más frecuentes de la melancolía son las mismas de la manía: intemperancia, abuso de medicinas, pesares y temores. Es enfermedad que acomete más á los hombres, y, por lo común, á los de edad madura: sus prodromos son los de la manía; así como sus síntomas, una vez confirmada, angustia, repugnancia á la compañía, inclinación á la soledad y al silencio; cuándo apego á la vida, cuándo deseo de la muerte; ó bien desconfianza continua, miedo de engaños imaginarios, llanto, gemidos y de súbito alegría, principalmente después de las comidas. Para algunos autores, entre ellos los secuaces de Themisón, la melancolía es una modificación de la manía; pero media entre ambas la diferencia, que en aquélla padece principalmente el estómago, y en ésta la cabeza.

No puede negarse que en la historia de la Medicina forma Galeno una época tan brillante como larga, pues nada menos que por espacio de catorce siglos fué el maestro, el oráculo de las escuelas; pero, aunque con sus descubrimientos sobre el sistema nervioso dejó atrás á todos sus predecesores hasta perderlos de vista, inaugurando la investigación experimental en Fisiología y Patología, camino en que, por desgracia, no le

* ARETAEI CAPPADOCIS *De causis et signis morborum acutorum et diuturnorum libri quatuor. De curatione acutorum et diuturnorum morborum libri quatuor. Cum commentariis integris PETRI PÉTITI, medici parisiensis, atque clarissimi JOANNIS WIGGANI doctoris et laboriosis notis, et celeberrimi MATTAIRII opusculis in eundem, tandemque eruditissimi atque celebratissimi DANIELIS WILHELMII TRILLERII observationibus et emendatis. Editionem curavit HERMANNUS BOERHAAVE; Lyon, 1735; capítulo v, págs. 29 y 30.*

siguieron sus descendientes; en punto á enfermedades mentales, fué muy poco lo que escribió, y aun se duda de que le pertenezca el libro sobre la Melancolía incluído entre los suyos, y más bien se cree ser un tratado de Rufo, obra que se ha perdido.

Pablo de Egina, al hablar de la melancolía, es un eco de Sorano. Algunos pacientes, dice, se imaginan haberse transmutado en un animal, cuya voz remedan: éstos rien, aquéllos lloran sin cesar, ó, juzgándose dotados de una potencia sobrenatural, predicen lo venidero: los más están flacos; se les vuelve moreno el cutis, que, además, se arruga y seca; su talante es triste, bien derive la enfermedad de una disposición congénita, bien de pesares, vigiliias, alimentación mala ó supresión de algún flujo. Hay una variedad de este mal, que es la *Licantropía*, cuyos adolecientes huyen de su domicilio al venir la noche, hacen por imitar á los lobos y vagan en derredor de las sepulturas hasta el amanecer. Para el tratamiento moral de la melancolía, lo primero es la residencia en un lugar quieto y las distracciones.

Saltando un espacio de ocho siglos y medio, dentro del cual cae el período arábigo de la Historia de la Medicina, que, en orden á Patología y Terapéutica mentales, no añadió una noción teórica ni práctica á las legadas por la antigüedad; encuéntrase á Jacobo Sylvio exponiendo en 1480 principios y dictando preceptos harto raros y extravagantes que patentizan un deplorable retroceso de la ciencia. El humor melancólico es muy acre, fermentante, corrosivo, ácido y trascendente, y le hay de dos clases: uno que reside en las venas, como la madre del viño en los toneles; y otro, más maléfico, que está compuesto de bilis amarilla. Son efectos de su acción deletérea: insomnio, agitación nocturna, ensueños pavorosos, carácter sombrío y perturbación del entendimiento. Ni médicos ni asistentes se acerquen á los melancólicos sin poner la vista en sus manos, piés y cara, porque de muchos que parecen

estar en cabal juicio, pueden ser improvisamente maltratados. Inquiéranse los caprichos de estos enfermos, para ceder á ellos ó resistirlos. Con unos conviene al-tercar; á otros, pegarles ó atarlos. La melancolía se cura de cinco maneras, una de las cuales es desviar del ce-lebro el humor, y dirigirlo á las partes innobles..... *
¡Punto en boca!

He hecho este breve extracto de los capítulos que sobre enfermedades mentales contienen las obras que, por los tiempos de Cervantes, eran libros de texto para escolares y de consulta para profesores, á fin de que se vea el atraso en que se hallaba este ramo de la Medi-cina, cuánta era su carencia de principios de alguna fi-jeza, cuán vagas y confusas sus nociones, y particu-larmente cuán difícil ó casi imposible que en lo espe-culativo ilustraran y en lo práctico dirigieran ni aun á los que, por sus estudios especiales, estaban en aptitud de entenderlas y aplicarlas. No creo ir fuera de camino pensando que, respecto del punto concreto de la me-lancolía, al que deseare tener noticia de este padeci-miento para utilizarla en alguna obra literaria ó artís-tica, bastaría-le sin duda con lo transcrito en sustancia, no diré sólo para confundirse y perderse en cavilosidades y temores, sino aun para quedarse melancólico, ya que no memo, y no hacer cosa de provecho en toda la vida.

Lucido, pues, habría quedado nuestro escritor si queriendo, que no quiso ni había de querer, asentar la máquina de su novela sobre un cimiento científico, se hubiese metido en el empeño de estudiar tales nociones, y con ellas fabricarlo. Mirándolas por otro lado, escaso alimento fueran para una inteligencia ganosa de saber, pues, aechándolas todas, no se sacaran dos docenas de granos aprovechables, y éstos de la cosecha de Areteo casi todos; que no en vano es estimado por sobresa-

* TRÉLAT, *Recherches historiques sur la folie*; París, 1839.

liente entre los primeros médicos de la edad antigua, así como la exactitud y viveza de sus descripciones le han valido el renombre de pintor fiel y galano del organismo enfermo. Él es el único que columbra la monomanía por entre el séquito de síntomas de la melancolía, y se acerca á ella y casi la toca, pero pronto la deja y pierde de vista, por ir tras la otra, anheloso de conocerla bien y dar todas sus señas; al modo que, herborizando un botánico en busca de especies de una familia, á la que consagra privativamente sus estudios, encuentra tal vez escondida entre ellas una planta, y no se cuida de cogerla, por no echar de ver en su afán que es de un género nuevo ó desconocido cuyo hallazgo y publicación le darían sin duda la celebridad que algunos han alcanzado vinculando en el nombre del que descubrieron el suyo propio.

En todo caso, datos, aunque sueltos, más concretos y adecuados hubiera podido tomar Cervantes de los mismos autores en sus capítulos sobre la Manía, donde mencionan ciertas ideas raras ó maravillosas y engaños de los sentidos, según entonces se decía, ó conceptos delirantes y alucinaciones, como se llaman ahora. Allí dice Areteo: «Hay innumerables especies de maniacos. » Los que tienen ingenio é instrucción aprenden por sí » y sin auxilio de maestro astronomía y filosofía, y cultivan la poesía como soplados de las Musas: para que » se vea que hasta en las enfermedades son de algún » provecho las artes liberales. Los rudos é iliteratos llevan cosas de carga, hacen figuritas de barro, ejecutan » obras de manos ó labran piedras. Están también afe- » rrados á conceptos quiméricos: uno hubo, que temía » no se cayesen al suelo las redomas, porque se imaginaba ser una de ellas; otro, creyendo ser un ladrillo, » obstinábase en no beber gota de agua por miedo de » deshacerse con la humedad.» * Allí también Sorano,

* Ibidem, pág. 16.

copiando de Apolonio, escribe que Artemidoro el gramático cobró tal terror viendo un cocodrilo tendido sobre una mesa, que al instante dió en la tema de que la fiera le había devorado la mano y pierna izquierdas, y perdió enteramente la memoria; y que cierto loco enamorado de Proserpina se imaginó haber descendido á los infiernos, donde, sin embargo, hubo de casarse con una diosa, á pesar de ser ya mujer de otro. El susodicho capadocio, que es sin duda el que más está en todo, explica, y esto merece notarse, que ciertos maniacos tienen zumbidos muy particulares de oídos y sienten ruidos tales, que se imaginan oír sonos de trompetas y flautas.* También refiere sucintamente un caso raro de delirio semejante al nostálgico, acaecido en tiempo muy anterior al suyo. Un carpintero, hábil en toda suerte de labores de su oficio; que se acomodaba de muy buen grado á las indicaciones de los arquitectos de las obras en que intervenía; moderado en el precio de sus trabajos, y enteramente cuerdo mientras los ejecutaba en su casa; no bien salía de ella para el baño ú otro lugar adonde le llamasen, y apenas soltaba las herramientas, cuando arrancaba un suspiro, encogíase de hombros, y luego que había perdido de vista sus oficiales, taller y domicilio, perdía también el juicio y poníase furioso; mas, en volviendo á entrar en su casa, recobraba de súbito la cordura: tal correspondencia había entre aquel lugar y el entendimiento de este hombre.**

Una composición clásica, más sin duda que en nuestros tiempos conocida en los de Cervantes, leería éste con el gusto que la leen cuantos lo tienen bien acondi-

* *In quibusdam sane peculiariter sonant aures, et bombis adeo perstrepunt, ut tubarum fistularumque voces audire sese existiment.* Ibidem, pág. 32.—Este pasaje muestra claramente que Areteo conocía bien las alucinaciones del oído, por más que así no las nombrase.

** *Haec erat inter locum illum et viri mentem cognatio.* — Ibidem, pág. 32.

cionado; la cual, mejor que los textos de los referidos autores médicos, pudo darle pie para meditaciones sobre la locura y hasta algunos colores para pintar la de su héroe. Es aquella sátira de Horacio *, la más agradable y filosófica de todas las suyas, como así la califican los peritos, en la que, con el artificio de un diálogo entre el poeta y los estoicos Damasipo y Estertinio, se sienta desenfadadamente la tesis de que todos los hombres son unos orates, excepto el sabio ó sea el filósofo de la escuela de los dos nombrados, que, no obstante, por más loco que todos aquéllos es tenido muy luego. Pasa revista á los hombres que están siempre aterrados de recelos quiméricos; á los que, por la inversa, sin asustarse de nada, arrostran temerariamente peligros de todo linaje; á los coleccionistas de antiguallas, que las pagan á peso de oro; á los avaros y tacaños; á los ambiciosos, malvados, desprendidos, manirrotos, fanáticos y supersticiosos; y á todos los halla, á cuál más, á cuál menos, tocados de locura. De aquí se saca por consecuencia ser tontería que se avergüence uno de pasar por loco, supuesto que con locos vive. Rasgos médico-psicológicos y frenopáticos, abundan en esta donosa poesía. El punto que, al entrar en materia, dilucida Damasipo, siguiendo á Estertinio, *primum nam inquiram, quid sit furere*, primero averiguaré qué cosa sea loquear, ni en el tiempo de Cervantes, obra de dieziséis centurias después, había perdido la oportunidad, ni en el nuestro la tiene menor que cuando lo propuso en la conferencia aquel filósofo estoico. El que ciegamente se deja arrastrar de pasiones viciosas, y juzga por verdadero lo falso, en cualquier modo que sea, éste es loco: por tal le declaran unánimes el Pórtico y la secta de Crisipo. Esta regla comprende á todo el mundo, á pueblos y á reyes. Orate hay, que teme cosas que no existen y cree ver en medio del camino por donde va llamas, rocas y

* La 3.º del Libro II.

ríos; otro, al contrario, no espantándose de nada, arremete con llamas y ríos, sin escuchar á padre, madre, esposa ni hermana que le gritan: «¡guarda el »hondo precipicio! ¡guarda la ingente peña!» Ajax, en un paroxismo de locura, degolló un rebaño de carneros vociferando que mataba á Agamemnon, á Ulises y á Menelao. Conjura por los dioses Horacio á Damasipo que le diga, supuesto que hay tantas especies de locura, cuál es la que el mismo vate padece, sin embargo de creerse muy cuerdo. «¡Qué mucho! responde »el otro; pues ¿piensas tú que se tenía á sí misma por »loca la furiosa Agave cuando llevaba en la punta del »tirso la cabeza del hijo á quien había despedazado?» Porfiando el poeta, conviene en ser un bobo y hasta un loco de atar; mas estrecha á Damasipo por que le declare de qué calidad es su locura; á lo cual contesta el estoico: «Primero, andas siempre con obras en tu »casa para imitar á las gentes de alto copete; luego, »haces burla del enano Turbo cuando se presenta ar- »mado de punta en blanco y con más traza de altanero »que permite su estatura; y esto sin mirarte á ti mismo, »que tienes un corpazo que no sale dos piés del suelo; »y, finalmente, cometes la mentecatez de querer me- »dirte con Mecenas, tú, que no le llegas á la cintura, »ni con él puedes compararte...» Algo más le dice, que hoy no es para puesto en letras, ni para dicho en corrillo de amigos de buen modo, ni aun para hablado entre dientes.

En la epístola del mismo vate á Julio Floro * se halla el fiel retrato de una locura parcial, que los médicos contemporáneos de Cervantes hubieran tenido forzosamente que diagnosticar de melancolía, con ser una monomanía, por todos lados, festiva y placentera, si enfermedad y regocijo no fuesen antitéticos. Más pudo alumbrar el entendimiento de nuestro novelador un

* La 2.^a del Libro II.

corto pasaje de aquella composición poética que los voluminosos *Opera omnia* de todas las lumbreras médicas de los siglos antiguos, medios y modernos. Residía en Argos un sujeto de linaje distinguido, dígase un hidalgo, que se imaginaba ver representar tragedias maravillosas en un teatro, donde no había actores ni otro espectador sino él, que allá se pasaba horas y horas sentado, en la actitud de quien mira, escucha, se embelesa y aplaude. Salvo esto, era un observante rígido de las obligaciones que la sociedad impone, vecino ejemplar, huésped atento con los que recibía, marido cariñoso, amo bien acondicionado, pacífico en términos de no incomodarse con sus sirvientes, aunque se le hubiesen bebido la mejor botella, y si tal vez encontraba en el camino un derrumbadero ó un pozo, cauto para echar por otro lado *. Sus deudos no perdonaron cuidados ni gastos para curarle, y habiéndolo conseguido propinándole una dosis de buen eléboro, con que purgó la bilis, causante de la enfermedad;—«¡Vive Pólux!, les dijo, »amigos, que muerte me habéis dado y no salud, qui- »tándome ese tan agradable engaño del entendimiento.» Extravagante salida con que vino á demostrar que, si sanado había ya de alucinaciones, malo quedaba aún de locura epicúrea.

Como éstos eran todos los antecedentes, menos dos, por cierto muy merecedores de examen especial, á que pudo acudir Cervantes para modelar la figura de Don Quijote; mas ¿hubiérale servido el matalotaje de los científicos y la severidad didáctica con que están expuestos, sino para confundir su entendimiento, ador-

* *Fuit haud ignobilis Argis,
 Qui se credebat miros audire tragoedos
 In vacuo laetus sessor plausorque teatro:
 Cetera qui vitae servaret munia recto
 More: bonus sane vicinus, amabilis hospes,
 Comis in uxorem: posset qui ignoscere servis,
 Et signo laeso non insanire lagenae:
 Posset qui rupem et puteum vitare patentem.*

mecer su fantasía y cortar los vuelos á su inspiración? Por muy aficionado que fuese á la lectura, por mucho que con ella gozase, el libro se le habría caído de las manos. Y aun dando de barato que se hubiese empapado en las doctrinas que tales libros contenían, y que hubiese aprendido de memoria las descripciones de Hipócrates y Areteo, de Galeno y Sorano, dejadas aparte la de Pablo de Egina por ser una mera copia, y la de Jacobo Sylvio por estrafalaria y ridícula; y todavía concediendo que el descenso de aquel loco de amor á los infiernos y la degolladura de carneros por el furioso Ajax le hubiesen sugerido la bajada de Don Quijote á la cueva de Montesinos y su acometimiento al ejército de Alifanfarón, en cuyas admirables narraciones se vería, á lo más, cómo en una imitación había sabido exceder en belleza al original; ¿qué enseñanza habría sacado de aquellas obras para introducir al Manchego en las regiones de la locura, y llevarle por sus breñales y derrumbaderos, mayormente habiéndose impuesto el pie forzado, mérito singularísimo, de no quitarle la carta de vecindad de los dominios de la discreción?

Porque el toque más bello, cuanto á lo literario, y más ingenioso, cuanto á lo científico es, que, queriendo poner en escena un loco, no fingió un demente, acaso torpe como un idiota ó insensible como una estatua de barro; ni un lipemaniaco, ensimismado, taciturno y sumido en el estupor específico de su mal; ni un maniaco, intolerable por sus disparates y gritería, repulsivo por la perversión de sus afectos é instintos, ó temible por su malignidad y furores; sino un orate lúcido, un monomaniaco, en quien pueden unirse, combinarse y resaltar con admirable contraste los extravíos, arrebatos y luchas del delirio, la derechura de la razón, la bondad de un pecho generoso, el discurso de un entendimiento claro y los primores de una esmerada cultura: mezcla armónica de enfermedad y salud en constante acción alternativa, sin deficiencia de la una ni

predominio de la otra, antes en sorprendente é inexplicable equilibrio. Lo cual no pudo aprender nuestro ingenio en las obras médicas, porque ninguna de las publicadas hasta la época en que escribió había puesto en su verdadero punto éste de diagnóstico frenopático: la distinción entre la melancolía y la monomanía como formas específicas, según lo hizo tantos años después el ilustre alienista Director del manicomio de Charenton.

El inmenso hospital de orates en que la sátira del venusino, con atrevimiento igual á su alcance filosófico, muestra convertido el mundo; el caso del loco argivo, el del loco sevillano, monomaniacos ambos; otros semejantes que, ya históricos, ya levantados por la inventiva del vulgo sobre memorias de hechos verdaderos, correrían en España entremezclados con tradiciones y cuentos populares, ó habrían llegado á noticia de nuestro novelista por su asidua lectura, viajes y residencia en tantas partes, comunicación y trato con gentes tan diversas en patria, religión y calidad, cristianos, moros y renegados, eclesiásticos, magnates y literatos, pajes y soldados, cautivos y pobres; y hasta el estudio de las costumbres rufianescas que se trasluce haber hecho frecuentando lugares en que se juntaban los pícaros y maleantes de toda calaña; estos, estos ejemplares y esta escuela universal sí debieron de ser las fuentes en que bebió la inspiración de su fábula, tan grandiosa en el pensamiento, tan rica en sucesos incidentales, tan variada en narraciones, tan fiel en la pintura de caracteres y de ciertos afectos que suave ó violentamente mueven el corazón humano. Ni llegó nunca sus labios á manantial alguno de la ciencia, ni el agua de éste era la que apetecía su constitución de artista.

En particular, dos fuentes—acaso sólo una—se le ofrecieron, sin ningún género de duda, y él quizás aprovechó; sobre las cuales ha dado muy interesantes noticias el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro en

un opúsculo * que forma parte de un libro, ** inapreciable, como todos los de este diligentísimo literato, por sus ideas, erudición, crítica, lenguaje y estilo.

Es la primera: « Hallóse Cervantes con un cuento » popularísimo, de cierto escolar que á deshora de la » noche dió grandes gritos y golpes en su aposento, cual » si su vida se hallase en peligro y la defendiese resuelta- » mente. Acudieron sobresaltados otros estudiantes que » vivían en la misma casa; y lo hallaron jugando un » montante, cual si combatiese á alguien que intentase » herirlo. Se abrazaron con él, quitáronle el arma, y » le pidieron la explicación de aquel suceso. Respon- » dióles que, en vez de estudiar, leía en un libro de ca- » ballerías que un famoso caballero estaba en graví- » simo peligro por la muchedumbre de villanos que » alevosamente le acometían; y que de tal manera se » poseyó del asunto, que creyendo verdad el hecho y » que pasaba ante sus ojos, había tomado el montante » y acudido en socorro, repartiendo tajos y reveses á » aquellos enemigos. Y tanta era su ilusión, que excl- » maba: *Defiendo á este caballero. ¡ Qué lástima! ¡ Cuál » le traían estos villanos!* » ***

* *Una obra de Cervantes impresa sin su nombre.*

** *Varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el Quijote; Madrid, 1874.*

*** « En la Biblioteca de la Academia Española existe un libro manuscrito, intitulado: *Cartapacio, primera parte de algunas cosas notables, recopilada por mí D. Gaspar Garcerán de Pinos y Castro, conde de Guimerán, año 1600.* Al final se lee: *Acabóse esta primera parte de Cartapacio, en Zaragoza á 25 de Mayo de 1613.* — En este libro se lee el cuento en la forma siguiente.— « Un estudiante de leyes en Salamanca estaba leyendo (á) la vela, y en lugar de leer sus liciones, leía en un libro de caballerías; y como hallase en él que uno de aquellos famosos caballeros estaba en aprieto por unos villanos, levantóse de donde estaba, y tomó un montante, y comenzó á jugarlo por el aposento y esgrimir en el aire; y como lo sintiesen sus compañeros, acudieron á saber lo que era, y él respondió: *Déjenme vuestras mercedes, que leía esto y esto, y defendiendo (defiendo) á este caballero. ¡ Qué lástima! ¡ Cuál le traían estos villanos!* »

Es la segunda el *Entremés de los Romances*, en el que se finge que un labrador, llamado Bartolo, ha caído en la locura que á su suegra Mari-Crespa declara

PERO TANTO. Tanto por tanto, yo os digo
Que vuestro yerno y amigo
Quiere partirse á la guerra,
Y dejar esposa y tierra;
Que lo consultó conmigo.
De leer el Romancero
Ha dado en ser caballero,
Por imitar los romances;
Y entiendo que á pocos lances
Será loco verdadero.

Parte, en efecto, á la guerra con su criado Bandurrio; y, encontrando en el campo un rústico, Simocho, que está requiriendo de amores á Marica, labradora, cree que es el moro Tarfe, y le dirige las palabras del Romancero, no sin réplica del otro:

BARTOLO. Retrátate, Almoradí,
Que es razón que te retrates
De tus mujeriles hechos;
Y en cosas de hombres no trates.
Dices que Daraja es tuya:
Suéltala, moro cobarde.

SIMOCHO. No quiero.

BARTOLO. Pues por los cielos
Que aquesta lanza te pase.

SIMOCHO. ¡Ay!, que me ha dado en las nalgas.

.....
¿Cómo con la lanza misma
No me vengo?

BARTOLO. Arre, arre.

SIMOCHO. Decabalgad del caballo,
Y lo que hicisteis pagadme.

El rústico da de palos á Bartolo con su propia lanza, y le deja tendido en el suelo y exclamando:

BARTOLO. ¡Ah cruel fortuna, proterva!
Apenas puedo moverme:
¡Contenta estarás de verme
Tendido sobre esta yerba!

De una desgracia tan brava
 No tengo la culpa yo :
 Túvola el asno, que no
 Corrió cuando le arreaba.
 ¡Santa María me valga!
 No puedo alzarme, aunque quiero.
 ¡Oh, mal haya el caballero
 Que sin espuelas cabalga!
 Mas, ¿yo no soy Valdovinos?
 Y Carloto ¿no es aquél?

 ¿Dónde estás, Señora mía,
 Que no te duele mi mal?
 De mis pequeñas heridas
 Compasión solías tomar;
 Y, agora, de las mortales
 No tienes ningún pesar.....
 No te doy culpa, Señora,
 Que descanso en el hablar:
 Mi dolor es tan crecido,
 Que me hace desvariar.

Hállanle Tanto; Antón, su padre; Crespa; Teresa, su esposa; y luego Bandurrio; y entre todos median estas razones:

ANTÓN. Lleguemos á ver quién es.
 TANTO. Vuestro hijo es ¡por San Juan!
 BARTOLO. ¡Oh noble Marqués de Mantua,
 Mi tío y señor carnal!
 ANTÓN. ¿Qué mal tenéis, hijo mío?
 Querádesmelo contar.

 TERESA. Decidnos si estáis herido.
 CRESPA. Hijo, decid la verdad.
 BARTOLO. Veintidós palos me han dado,
 Que el menor era mortal.
 ANTÓN. Levantémosle del suelo,
 Y llevémosle al lugar.
 TANTO. Muy bien decís.
 BARTOLO. Caballero,
 Por mi fe os digo verdad:
 Hijo soy del Rey de Dacia,
 Hijo soy suyo carnal;
 La reina doña Armelina
 Es mi madre natural;
 La linda infanta Sevilla
 Es mi esposa, otro que tal.

los *Romances*, como por varios datos lo colige el Sr. de Castro; quien calcula que se compuso y representó antes de publicarse el *Don Quijote*, y que se imprimió, sin nombre de autor, por vez primera en Valencia, año 1611; y ningún cataloguista de nuestro teatro lo ha descubierto ó indicado. Si he de manifestar lo que siento, yo no lo veo bien claro; aunque la perspicacia de dicho señor y su notoria idoneidad para dilucidar y resolver puntos dudosos y oscuros de la historia de las letras castellanas, casi me da á entender que en éste padezco alguna torpeza, ó de la vista, ó de la inteligencia.

En todo caso, el pensamiento de la pieza cómica es, ni más ni menos, el del cuento estudiantil, pues no le da ni le quita el que la locura del labriego le arrastre á hacerse caballero, como los de los romances, en vez de batirse, como el escolar, por el héroe de un libro de caballerías. Pero la flagrante semejanza entre los pasajes trasladados del *Entremés* y otros del *Don Quijote* no prueba de un modo concluyente que en su composición anduviese la misma pluma. Así me induce á pensar algo que el Sr. de Castro puso en otro opúsculo suyo, con justicia muy celebrado, que tiene por título: *La última novela ejemplar de Cervantes*; * donde, después de referir que éste profesó, hacia los postreros días de su vida, en la Tercera Orden de penitencia de San Francisco, fíngese que le visitaban el Padre Visitador, algunos hermanos del mismo instituto y otras personas respetables, que con sus conversaciones le fortalecían, consolaban y distraían; y, tocándose en una de ellas la lectura de los libros de caballerías, dijo uno de los asistentes: «¿Y á que no sabe vuesa merced, Sr. Cervantes? pasando á otra cosa; el otro día vino á mis manos el libro de las ilustres mujeres de Juan Boccaccio en lengua castellana, y al leer la vida de Ceres, ¿con qué llegué á tropezar? Con la pintura de la edad

* Ibidem, págs. 434 y 435.

»del oro. Vuesa merced seguramente debió recordarla
 »al escribir la suya en el *Ingenioso Hidalgo?*» Mas,
 habiendo empezado el preguntante á recitar de memo-
 ria el pasaje de aquel autor, é interrumpídole pronto el
 franciscano con razones muy honrosas para nuestro in-
 genio, repuso éste: «Yo nunca imaginé exceder á Bocac-
 »cio sino imitarle; y ciertamente al trazar la descrip-
 »ción de la edad de oro, tuve un lejano recuerdo del
 »pasaje de aquel insigne discípulo del gran Petrarca,
 »que había leído muchos años atrás.» De esta manera
 delicadísima se da á entender que bien pudo Cervantes
 seguir á otro escritor en alguna pintura, aunque, al fin,
 la suya *aplaciase más*, por ser *trazada con más brevedad y aun con grandeza superior*; de lo cual se infiere
 que todavía con menos escrúpulo ó miramiento que á
 un autor tan conspicuo como Bocaccio, pudo imitar al
 oscuro ó desconocido, tal le supongo, del *Entremés*.
 Con todo, la imparcialidad me veda ocultar que contra
 esta hipótesis van dos argumentos de gran fuerza, que
 me da el Sr. de Castro. «¿Cabe en lo posible que Cer-
 »vantes, que, según él mismo, excedía á tantos en la
 »invención, tomase de un entremés conocido el pensa-
 »miento del *Quijote*? ¿Y tiene acaso verosimilitud
 »que alguno de los adversarios declarados de su libro,
 »y aun de su persona, no lo hubiese acusado de un
 »hurto literario?»*

Entre el combate del estudiante y las batallas que solía reñir el Hidalgo en su casa, ó sea antes de correr aventuras, según relación de la Sobrina, no se busque sólo semejanza, porque salta á la vista su igualdad.

Hayla también, casi entera, de actos y palabras entre la amenaza, apaleamiento, lamentaciones, hallazgo y conducción de Bartolo á su casa, y los de Don Quijote en el encuentro y después del encuentro con los mercaderes toledanos.

* Ibidem, págs. 133 y 134.

Dejando aparte por ahora el cuento, los que den por averiguada la filiación del *Entremés*, podrán decir, con el Sr. de Castro, que «Cervantes no escribió de primera intención su libro. Trazó una especie de bosquejo de él en su *Entremés* intitulado *de Romances*,» y que este «es verdaderamente el bosquejo del carácter de *Don Quijote* y de la primera salida del ingenioso hidalgo. Cervantes hizo lo que los grandes pintores: trazó un borrón ó un ligero dibujo de un gran cuadro, primitivo pensamiento que luego desenvolvió en un libro admirable. Como en el Museo del Louvre, en el palacio de Windsor, en muchas galerías de las más importantes ciudades de Italia, y en otras colecciones famosas, halla el artista ó aficionado dibujos de los maestros eminentes, y los tiene en tanta estimación como los cuadros más acabados y sublimes, porque en estas obras, al parecer pequeñas, está presentada toda la fuerza del genio de los autores con espontaneidad pasmosa, así el *Entremés de los Romances* es la primera expresión del pensamiento del *Quijote*.» *

Pero, á la verdad, para mi fin particular esto tiene una importancia punto menos que secundaria, porque, aun presupuesto que el *Entremés* no fuese obra de Cervantes sino de un autor anónimo, como el cuento del estudiante lo fué del autor anónimo que se llama vulgo, en ellos han de ver los investigadores dos fuentes á que tal vez acudió nuestro ingenio para lo específico de la invención de su novela..... mas ¡qué fuentes! dos hilos de agua, que la varilla mágica de su fantasía convirtió en raudales. Menos pudo aprender Cervantes en el escolar que en cualquier recogido de un hospital de locos: el labrador, en todo caso, le dió más luz, más pormenores, más materia de estudio, aunque sólo sobre un hecho suelto de locura parcial, ó así parece, del que con poco trabajo podía hacerse cargo un mediano ob-

* Ibidem, págs. 131, 140 y 141.

servador, y escribir algo de gusto cualquier pluma festiva. Dígase, y lo paso, si no lo admito, que el escolar y el labriego enseñaron á Cervantes cómo con la lectura de ciertos libros se venía la enajenación mental, y, en conformidad con esta enseñanza práctica, hizo enloquecer al Manchego; pero, respecto de lo demás, ¿qué son dos sencillos delirios, por alucinación el uno y por ilusión el otro, para la pintura complexa de una monomanía? Muchos más, mejor caracterizados, y con sus varios accidentes, vemos todos los días los que asistimos locos, y ninguno de nosotros, hasta ahora, ha tenido aliento para arrojar al mundo otro ingenioso hidalgo; y ¡vive Dios! que en los tiempos que corremos material hay de sobra en los manicomios, y aun fuera de ellos, para formar la figura, no de uno, sino de muchos Quijotes.

Quizá más que los casos del escolar y del labrador inspiró á Cervantes el que, sin duda con pormenores prolijos, hubo de saber por pública voz y fama, de cierto personaje que ha estado oculto largo tiempo en las sombras del olvido, y de quien, fuera del pueblo de su naturaleza ó residencia, casi nadie hablaba y muy poco se sabía; personaje que en una fecha reciente fué descubierto en su retiro y presentado al público por un ilustre literato; y que parece haber sido á modo de un maniquí de que se sirvió nuestro ingenio para dibujar la figura de su andante héroe, bien que no copiándolo sino sacando de él una idea como en germen, que luego desenvolvió ampliamente su imaginación lozana. Claro es que aludo á don Rodrigo Pacheco, hidalgo ó caballero pudiente de Argamasilla de Alba. Cuéntase que fué el principal fautor de la prisión de Cervantes; que estuvo loco en alguna ocasión, y no andaba en otras del todo cuerdo; y que á él se refiere la inscripción que se lee en un altar de la parroquia, y relata habersele aparecido *Nuestra Señora, estando malo de una enfermedad gravísima, desanparado de los médi-*

cos..... llamándola de día y de noche del gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le cuajó dentro. Según Hartzzenbusch, cuya es la noticia que precede, el fondo del retablo de dicho altar «lo llena » un lienzo al óleo, que representa á Nuestra Señora » entre ángeles en los aires, y abajo (en oración, con las » manos juntas) una dama y un buen señor, ella joven, » y menos joven él, de rostro largo y estrecho, ojos » espantadizos y largos bigotes, á quien no acomodaría » mal el título de *Caballero de la Triste Figura*..... Se » asegura ser el caballero anónimo don Rodrigo Pacheco, enemigo que fué de Cervantes, convertido por él » en el hidalgo célebre de la Mancha: aquél, se dice, es el » retrato de Don Quijote; y con la frialdad que se le » cuajó en el cerebro, se indica haber sido locura la » enfermedad gravísima del doliente. Se muestra también á la orilla del pueblo un solar de casa, de la » cual sólo queda ya algo de las paredes, y afirmase » haber sido allí la morada de don Rodrigo, casa de don » Quijote.»*

En resumen, la generación del pensamiento de esta novela es un punto en que nadie puede poner con seguridad el dedo, y menos en lo que respecta á la concordancia del pensamiento y de las narraciones en que está desenvuelto, con ciertos conocimientos científicos; sobre la cual harto conozco que, contra mi deseo y diligencia, ilustran poco los antecedentes referidos. Como quiera, todos ellos ó, si no todos, algunos, puesto que se ignoran otros y acaso se ignorarán siempre, hemos de creer que fueron los orígenes ó fundamentos de la invención en lo que la singulariza, ó sea en lo ingenioso de haber dado á su mecanismo por fuerza motriz un delirio que, dejando ilesas muchas ideas y sentimientos, ó no usurpándolos á la autoridad jurisdiccional del juicio sano, ofreciese á la vista del espectador

* Prólogo de la citada edición del *Don Quijote*, págs. xiv-xvi.

una serie de cuadros en que las tristezas y miserias de la locura alternasen con las alegrías y grandezas de la razón. La verdad es que, según todos los indicios, Cervantes estuvo siempre enamorado del pensamiento de preferir el delirio monomaniaco á todos los demás para las historias cuya acción quería hacer derivar de una locura. Que era monómano el loco de Sevilla dicho está, y probablemente también el de Córdoba. La novela de *El licenciado Vidriera* no deja la menor duda sobre la especie vesánica de la persona principal, pues nuestro ingenio sentó su diagnóstico con tanta fijeza como el de la locura de Don Quijote, aunque en el resto de la narración, siquiera sea sabrosísima, nada puso por lo que pueda ni remotamente compararse con la del Hidalgo. Tomás enfermó, y curáronle la dolencia del cuerpo, pero no la del entendimiento, «porque quedó sano, » y loco de la más extraña locura que entre las locuras » hasta entonces se había visto. Imaginóse el desdichado » que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, » cuando alguno se llegaba á él, daba terribles voces, » pidiendo y suplicando con palabras y razones concer- » tadas que no se le acercasen, porque le quebrarían; » que real y verdaderamente él no era como los otros » hombres, que todo era de vidrio de pies á cabeza.» Sobre la identidad de este caso con el mencionado por Areteo no hay que llamar la atención, pues la ve de golpe el lector: tanto monta licenciado Vidriera como licenciado Redoma. De aquél «quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, » cosa que causó admiración á los más letrados de la » Universidad y á los profesores de la Medicina y Filosofía, viendo que en un sujeto, donde se contenía tan » extraordinaria locura como pensar que fuese de vidrio, » se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza.» ¿Qué